

El silencio de los sacerdotes, *Réquiem por un campesino español* y *El cura de Almuniaced*: novelas singulares

Yolanda Rinaldi

LA MENCIÓN DE LA NOVELA de José Ramón Arana, *El cura de Almuniaced*, suele evocar de inmediato la de Ramón J. Sender: *Réquiem por un campesino español*, de modo que en ocasiones se produce la sensación de que surgieron de una apuesta anecdótica entre los autores, considerando que la obra de ambos forma parte de esa narrativa que concibieron varios escritores del exilio español de 1939, donde la figura del sacerdote es el elemento central.

También en ocasiones se desprende de esta concomitancia la impresión de que se intenta sugerir que una se inspiró en la otra y, naturalmente, se concede preeminencia a la obra del segundo, más famosa o más difundida. Pero, ¿hasta qué punto existe influencia de esa novela de Sender en la de Arana? ¿En qué se parecen?, ¿qué es lo que ha hecho que se convierta en un tópico de crítica literaria mencionarlas juntas, el traer una a colación de la otra?

Ambas novelas muy poco se parecen. Incluso podríamos admitir la idea de que no existiera influencia de un escritor en otro porque sus novelas fueron publicadas con una escasa diferencia de tres años, en la misma editorial, Aquelarre, en México. Pero es difícil suponer que en el instante mismo de la escritura Sender no tuviera en cuenta la novela de Arana.

Las dos novelas fueron escritas en el exilio para recrear aquellas horas trágicas, pero en sí constituyen un documento valioso porque denuncian el comportamiento de la Iglesia católica cuyo proceder fue dudosamente ético en un conflicto que derivó en una sangrienta guerra. Aún muchos años después siguió en el ánimo de los creadores la temática

de lo que la Iglesia católica no hizo y no dijo, de modo que aparecieron otras novelas como *Cruces sin Cristo* de José Gomís Soler, *Juego limpio* de María Teresa León, *Historias de una historia* de Manuel Andújar y *La viña de Nabet* de Serrano Poncela.

Las historias de *El cura...* y *Réquiem...* transcurren en un pueblo aragonés. Son narraciones breves. En las dos un personaje joven comprometido con el anarquismo ha sido formado por el cura de la aldea, de quien ha sido monaguillo. Tal vez el olvido que sufre la novela de Arana obedece al favor crítico y de público que goza la historia de Sender, debido a lo prolífico de su obra. La de Arana se publicó en 1950 y la de Sender en 1953 (en un principio se tituló *Mosén Millán*).

Pero mientras la narración de *El cura de Almuniaced* es lineal, construida sobre la base de oposiciones y antagonismos entre el cura y otros personajes, *Réquiem por un campesino español* está formulada por medio de *flash-backs* que así reconstruyen la vida de Paco, el del Molino.

Es notorio que en ambas novelas hay profundas y decisivas diferencias, sin embargo, las dos gozan de gran mérito pues apuntan a la condición humana con gran sentido filosófico, además de que en las dos historias el punto radica en cambiar de situación por medio de la acción y provocar cambios perceptibles.

Mientras que Millán elige la inacción, Mosén Jacinto elige actuar. Millán con su impaciencia por iniciar la misa de réquiem crea una atmósfera de angustia, pero curiosamente nunca llega al fondo de su conciencia y de sus remordimien-

tos, sólo se infiere que vive en conflicto. El lector da por sentado que en la aventura del espíritu este cura pasó por todas las etapas posibles de la renunciación, es decir, el miedo a los fascistas, su deseo de salvarse, de sobrevivir, para luego “verlo” dominado por la nostalgia, el recuerdo y finalmente la resignación.

En cambio Mosén Jacinto sí muestra el secreto de su conciencia, su conflicto interno. Sus emociones no son insinuaciones de su agonía existencial; es el encuentro del personaje consigo mismo e impone su pensamiento y plantea por qué la vida le parece estéril, sin sentido, en el momento supremo de su moralidad, surgida de la fe como personaje unamuniano y en tal caso las motivaciones de sus dudas no llegan a ser explicadas a la luz del raciocinio, requiere de la ayuda de la interpretación teológica: vislumbra el misterio del ser y convida a la reflexión sobre el sentido de la propia vida. Jacinto se despoja de sus convicciones religiosas, pero en ese juego humano participa el elemento divino y de éste no puede despojarse. Así el texto se tiñe de un matiz fatalista y lleva al personaje a alcanzar un rango trágico.

Y es así como en lugar de tratarse de dos obras que se parecen, por la coincidencia de presentar un cura como personaje central, vienen a ser dos obras que se contraponen, dos polos que denuncian dos temperamentos al mismo tiempo que dos estilos; dos ideologías, una viene a ser la más completa negación de la otra: Millán es prisionero de su propia imparcialidad, Jacinto alza la voz por la verdad y la justicia. Los autores no se copian, pero sí coinciden al escoger sus asuntos, como los pintores del Renacimiento; y cada uno imprime un estilo propio a su cuadro.

Mosén Millán originalmente está descrito como un hombre digno de ser amado por sus feligreses, luego en el transcurso de sus evocaciones, de sus recuerdos, va surgiendo lo que hay de deleznable en su personalidad, su egoísmo, su cobardía, su pequeñez, que se manifiestan totalmente frente a la situación de compromiso, en víspera de la guerra civil, pues denuncia a Paco el del Molino y con esa acción toma partido, lo que permite a Sender sacar provecho y mostrar una Iglesia católica inoperante.

El personaje del cura católico ha estado presente en el panorama literario del siglo xx, donde encontramos novelas con esta figura cuyo enfoque moral las hermana; tal es el caso de las novelas de Georges Bernanos en *Bajo el sol de Satán* (1926), *La impostura* (1927) y *Diario de un cura de aldea* (1936); *El poder y la gloria* de Graham Greene y por supuesto la novela de Miguel de Unamuno, *San Manuel Bueno mártir*, y ahí está también el aire de familia con *Don Camilo* de Giovanni

Guareschi, que recrea el enfrentamiento entre demócratas cristianos y comunistas durante la posguerra italiana.

Hay que recordar que desde la Edad Media la única forma de existencia que se concebía era la determinada por la religión; éste fue un periodo en el que todo giró en torno a la santidad, a la trascendencia de la existencia, pero algo más, la culpa de Edipo u Orestes se volvió pecado con una intención didáctica. Surgió entonces una literatura alegórica que valoraba y exaltaba los ámbitos terreno y divino, concentrando en la figura del cura esas posibilidades, un modelo de vida que se estructura con los códigos constituidos por la Iglesia y luego se patentiza en relatos, poemas, el misterio del cristianismo, del apostolado, señalado en una abstracción crítica.

Sin embargo, la literatura en su largo camino ha desacralizado esa figura “santa” del sacerdote católico y lo ha presentado enteramente humano, debatiéndose entre la tierra y el cielo, mostrándose humano, demasiado humano. Hoy se muestra no como el ideal simbólico de rebeldía o cualidades humanas, sino como una personalidad que se va forjando conforme a un canon, que se construye a lo largo de su vida religiosa, que vive enmascarado, pero en el fondo de su existencia subyace otra vida nebulosa, ahogada por un deber-ser que muchas veces desemboca en trastornos psicopatológicos. En este sentido es inevitable recordar novelas como *Rojo y negro* de Stendhal, *El padre Sergio* de Tolstoi, *Nazarín* de Galdós o *El crimen del padre Amaro* de Eça de Queiroz.

Es evidente que el cura católico es una persona que sacrifica su individualidad y la transfiere a una nueva figura colectiva en cuyo comportamiento se maneja con una ética dictada desde el exterior, un dogma eclesial dictado por los vaivenes políticos de la institución que representa; sin embargo, como personajes literarios, Mosén Millán y Mosén Jacinto se visten de humanidad con tintes sublimes, poéticos. Las dos novelas plantean que en una misma persona, un sacerdote católico, tenemos al siervo de dos señores que pretende guardar un equilibrio milagroso entre dos exigencias que casi siempre se contraponen.

Sender y Arana nos permiten asomarnos al “interior” de la figura de un sacerdote torturado, contradictorio, escindido entre una voluntad humana y un plan divino; debatiéndose en la lucha de la fe, ahogándose en la profunda quiebra de su propia persona y sus funciones en la Iglesia. Desde esta perspectiva parecería que un sacerdote católico está condenado a la inseguridad y el sufrimiento, a la agonía existencial. •

YOLANDA RINALDI es doctora en letras. En la actualidad es profesora de literatura del Centro de Enseñanza para Extranjeros de la UNAM.